



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 23. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Junio 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Modas de verano: Traje de amazona.—Traje para el campo.—Vestido con túnica.—Vestido con adornos de encajes de hilo.—Dos trajes para salón.—Cuerpo-frao.—Paletots de dos telas.—Fichú de cachemir.—Orbatas.—Cuellos de moda.—Pañuelos con encajes de paillos.—Abanico de plumas.—Sombreros para niñas.—Mirador de cristales adornado.—LITERATURA:

La flor de nieve, por Nicolás Díaz y Pérez.—3 de Marzo, poesía, por Félix María Urcullia.—La cola de moda, por Francisco Guerrero y García.—Bibliografía, por Isabel de Villamartin.—Marina, por Angela Grassi.—Salones y teatros, por Belo so.—Charadas.—Correspondencia.—Economía doméstica.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Los trajes de campo y de playa son los que preocupan este mes á la generalidad de señoras y modistas, que tienen que mortificar la imaginación para dar variedad á diferentes vestidos que han de obedecer sin embargo al mismo carácter de la moda, que se han de ceñir á las mismas hechuras, y que se componen casi siempre de las mismas telas. Esto es lo difícil, el único escollo en que tropiezan las personas que tienen muchos trajes, y las modistas que han de inventar constantemente novedades para su numerosa clientela. Difícil es la misión; pero fuerza es confesar que, en medio del exclusivismo de la moda, las distintas telas y adornos que permite en un traje de campo á la inventiva y el capricho.

Para trajes de campo y playa dominan las dos telas, y como hechura el género breton, esto es, la vesta figurando abierta sobre chaleco escotado en cuadro, y completándola cuello que baja hasta el escote, cuadrado también. Esta clase de trajes tiene más carácter de confianza, son menos aristocráticos que la túnica princesa, única admisible hoy, y por lo tanto son los más propios para excursiones campestres. Como ya he dicho, las telas de cenefas ó lisas adornadas con galones son las más propias; pero las personas de buen gusto en el vestir, que huyen siempre de todo lo grotesco, harán estos mismos trajes en género liso de dos tonos, á cuyo fin les señalaré un modelo que no carece de distinción. Es un traje de siciliana gris y siciliana ciruela; la falda de ese último color con plegados de lo mismo; la doble falda formada por echarpes gris con vueltas de color contrario que van guarnecidos de fleco de ambos colores y colocados en biés, rematando en picos; coraza-vesta muy larga, de color ciruela, figurando abierta sobre chaleco escotado del otro color, y ribeteada de biés de color contrario; cuello y mangas de color gris con adornos ciruela. Este modelo es el tipo general del vestido breton, bien que se haga en tela lisa, bien brochada con galones bordados ó con biéses de las mismas telas si se prefiere un vestido más severo; según las últimas noticias de París, hay cierta inclinación á los colores lisos, no obstante el numeroso surtido de telas de vistosos dibujos que ha producido la fabricación este año. Estos vestidos se completan generalmente con paletot holgado de forma bretona también, ó sea bajando el adorno por delante á



1 Y 2. TRAJES DE AMAZONA Y DE CAMPO.

1. Traje de amazona.

2. Traje para campo.

figurar el mismo escote ó escapulario breton, que es lo que dá carácter al traje.

La túnica alternará con esta hechura, túnica princesa, y en ella, como modelo de novedad, citaré una de barege mulva y barege jaspeada, en colores fuertes, que cierra por delante con chaleco bullonado, que se abotona hasta mitad de falda, donde le termina un echarpe atravesado que va á recogerse en la costura del costado; el centro de la espalda es jaspeado y se prolonga en echarpe, que se anuda por detrás con otro echarpe malva que sale del costado, terminados ambos por fleco de co-

lores vivos; el chaleco y el echarpe de adelante son jaspeados; el resto de la túnica y mangas, color de malva. Otra hechura de túnica que tiene los delanteros prolongados: la espalda en coraza, y se une con echarpes por detrás sobre la falda del traje, es también de novedad y propia para vestidos de campo. También las hay abrochadas por delante, con cordones ó trenzillas en todo su largo, elegantes por su poca pretensión.

Prescindiendo ya de ellas, y atenta á las necesidades de aquellas señoras que no piensan abandonar la ciudad, ni aún en el período del gran calor, hablaré de los trajes negros, color que se obstina en seguir ocupando el puesto primero en el terreno de la elegancia; á pesar de los colores, más ó menos vistosos que la moda inventa, el negro es siempre el color de buen tono; el que luce igualmente en la calle, en la visita y en el salón; el que no cede sus ventajas más que al blanco, colores ambos que atraviesan por entre los caprichos de la moda, sin ceder á ninguno el primer puesto de honor.

Para este verano se harán trajes negros de seda y granadina, de faya y barege de sola una falda, con echarpes de las dos telas, en hechura princesa ó de túnica ligera sobre falda larga y majestuosa, cerrada en biés, con lazos negros también ó de dos colores. Quizá el abuso de tanto color ha devuelto el favor de las damas al traje negro, que admite como adorno en telas ligeras los plegados, los deshilados de seda (ruche-pluma), los flecos de seda de ancho enrejado, y los encajes negros, ó blancos y negros. Con las telas ligeras de barege, linon y granadinas, se habla de una novedad para jóvenes, que aún debe acogerse con reserva, pero que, en mi calidad de cronista, no debo pasar desapercibida; se trata del cuerpo á lo virgen, sin prescindir por él de la forma princesa, hoy dominante y avas-

lladora. Supon gamos un vestido de barege, que necesita debajo un cuerpo de seda ó percalina inglesa de su mismo color, y encima, por delante y por detrás, lleva el centro del vestido princesa, rizado en abanico al talle por siete ó cinco coulises, lo cual se obtiene dejando un poco más de vuelo al delantero y suprimiendo la costura del centro de la espalda. Esta clase de cuerpos favorece mucho á la esbeltez del talle, pero necesitan estar muy bien hechos.

Lo mismo para el campo que para la ciudad, el traje princesa parece exigir este verano el complemento del

fichú Virginia, cuya punta baja por detras al talle, ó queda redondo por la espalda (véase grabado 18 de este mismo número), bajando abierto por delante unas veces, para anudarse en el talle, y otras en caídas y desiguales sus puntas, una pasando apénas del talle, y otra á fijarse en la parte interior de la falda ó túnica, con un lazo. Este fichú puede ser de la misma tela del vestido, de granadina, ó de encaje blanco ó negro, conviniendo este último á todas las edades y figuras.

Los mitones de malla, ya recomendados por mí, parecen obtener gran aceptación, y con ellos los brazaletes, de más ó menos precio, hacen un papel importante. Como capricho en este género, los de terciopelo con hebillas de oro, de nácar ó de piedras del Rhin, serán muy bien vistos para con los trajes de jardín y campo, así como la joyería de acero y de las mismas piedras del Rhin. Con las pulseras de hebilla debe llevarse al cuello un terciopelo con otra hebilla semejaute.

La bota, otra vez abrochada al costado, con trencilla, parece destinada á vencer á la de elásticos, que se desforma más pronto, y á la de botones, difícil de abrochar; las más nuevas son las de trencilla, con barritas ó esqueleto por delante que figuren cerrarse con un botón; botón, que puede ser de seda, de acero ó de piedras, y dejan ver la media de hilo de Escocia ó de seda de color semejante al traje. También hay como novedad en calzado el zapato Richelieu, de cuero, color claro ó bronceado, alto de atrás y con muchas orejetas ó presillas para el gran lazo tradicional. Bien quisiera decirlos al mismo tiempo que la buena higiene triunfa, y el tacon exagerado cede algo de su altura; pero, por desgracia, no es así, y en contra de la salud y del arte, porque quita toda la gracia á la figura, el tacon sigue obteniendo el favor de la moda.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES DE AMAZONA PARA EL CAMPO.

1. *Traje de amazona*.—Este género de trajes sufre rara vez modificaciones, lo cual permite gastar, hasta que el uso lo permite, los que se hacen para montar. El que presenta nuestro grabado es de Biarritz negro, nesgado y muy ceñida la parte de adelante, y el paño de atrás plegado y planchado de arriba abajo; cuerpo ceñido, de aldeta corta por delante y larga y cuadrada por detras; manga estrecha cerrada por tres ó cuatro botones, cuello alto, corbata estrecha y guantes de campana. Sombrero de fieltro con velo de gasa.

2. *Traje para el campo*.—Vestido de lana lisa y túnica cerrada en diagonal de lanilla rayada, adorna la de botones y lazos de los dos colores. Sombrero de paja de Italia con guirnalda de flores y lazos de cinta estrecha.

3 Y 4. CORBATAS.

La primera es de cinta de sarge azul de 12 centímetros de ancho, terminada á las puntas por encaje de palillos de 6 centímetros de ancho, que se pliega y plancha, pudiendo emplearse lo mismo el Valenciennes, la blonda ó cualquiera otra clase de encaje.

La segunda es de muselina, guarnecida de encaje de 6 centímetros, plegado y colocado al borde de la muselina; puede emplearse encaje de palillos, crudo ó blanco, y un biés de 37 centímetros de ancho por 128 de largo, cortado en biés de las puntas, forma la corbata; despues de coser el encaje se pliega la muselina, reduciendo el ancho como indica el modelo; es conveniente fijar las dos puntas con algunas puntadas para dar asiento al encaje.

5 Y 6. VESTIDO CON TÚNICA.

(Patron en el pliego por el revers, núm. I, figs. 1 á 4).

Estos números presentan por delante y por detras un vestido de percal ó lana ligera en dos telas, lisa y de dibujo. La falda, de batista ó percal fino azul oscuro, va adornaada de uno ó varios plegados orillados de blanco, y la túnica se hace en dibujo de cuadros, rayas ó brochado en los dos colores. Córtese sin costadillos y por los patrones indicados y el croquis que les acompaña: el delantero, de tela de dibujo, no tiene más que un pliegue en cada lado y la espalda; lleva cada costadillo de tela lisa, recogiendo el vuelo de la túnica por detras al terminar la espalda, para lo cual lleva el patron estrellas que indican la parte fruncida; va guarnecida de un plegado como los de la falda, y una *coulise*, que va marcada con puntos en el patron, acaba de recoger el vuelo; un lazo elegante de cinta de dos colores, con largas lazadas y caídas, completa esta graciosa disposicion de la túnica. La manga la presenta el núm. 6, y corresponde en su adorno al fichú de muselina adornaado de encajes de hilo

(Véase núms. 11, 14 y 15). El centro de este fichú es un biés de 10 centímetros de ancho por 50 de largo, adornaado á los dos bordes de un encaje ligeramente fruncido, y cuyas puntas anudadas descienden en corbata por delante: un encaje más ancho y plegado las termina.

7 Y 21. VESTIDO CON TÚNICA Y CUERPO FRAC.

El primero de estos dos números ofrece el traje completo, y el segundo el croquis para la túnica, que lleva sólo un pequeño recogido marcado por las cruces del croquis, el cual ofrece asimismo las medidas por números ajustados á la cinta métrica. Nuestro modelo es de tela de lana azul oscuro, con galones azul y rojo; el cuerpo termina por una aldeta-frac, abierta en el centro y guarnecida de los mismos galones, así como la limosneta. Cintas interiores ciñen la túnica.

8 Y 22. TRAJE PARA SALON.

Para el cuerpo, véase el núm. 17.

La aldeta en frac prolongado, abierto hasta abajo y unida por lazos de cinta de dos colores, es muy distinguido y propio para trajes de faya negra ó de color oscuro. El croquis núm. 22 presenta con claridad media falda con la cola añadida, y sobre cuya costura va la coulise ó jareta que recoge el vuelo y le lleva hácia atrás. Todo el adorno de la falda está forrado de seda de otro color, y éste se combina con la cinta para los lazos, para vivos de la túnica y para el fleco, que es de los mismos dos colores: encaje blanco ó negro completa el adorno.

9 Y 15. CUELLO Y PAÑUELOS CON ENCAJES DE PALILLOS.

El CORREO anterior ha ofrecido modelos de este género de encaje, que lleva el hilo de guía, ó sea el que forma contorno del dibujo de color, cuyo encaje se emplea mucho para lencería de diario. El hilo que se lleva entre los blancos, al hacer el encaje, puede ser azul, rosa ó grana.

Los núms. 9, 10 y 11 muestran un juego de cuellos y puños, cuyo patron ofrece el pliego de patrones cortados en tela fina doble con entretela más gruesa; el adorno es un bordado á punto ruso y una puntilla, cuyas ondas están hechas con hilo de color igual al del bordado.

El núm. 12 es un pañuelo con guarnicion de la misma batista, plegada en los ángulos; el centro tiene 26 centímetros en cuadro, cubriendo la pegadura otro encaje colocado con las ondas hácia arriba.

El número 13 es otro pañuelo adornado de entredos y encaje con iniciales bordadas en los mismos dos colores.

Los núms. 14 y 15 presentan modelos de encaje de dos distintos dibujos, que pueden aplicarse á todos estos objetos.

16. TRAJE PARA SOIRÉ.—ABANICOS.

Vestido princesa, de faya de color, escotado y con berta, cortada en biés y plegada por delante y por detras, donde se recogen presillas de la misma tela; un plegado de tul blanco ocupa los dos centros, y un encaje adorna el pié, terminando el escote y manga un plegadito de tul ó crepon blanco; mitones de malla blanca.

A la derecha se ve, pendiente de cordon, un abanico de pluma, y otro presenta abierto el mismo grabado con pié de palo santo y guías figurando hojas de seda verde.

17. CUERPO-FRAC.

(Patron en el pliego por el revers, núm. III, figs. 9 á 12.)

Corresponde este cuerpo á un vestido de dos telas, cuya túnica es un echarpe atravesado y recogido con lazos por detras, y el cuerpo, de la misma tela, lleva la espalda de seis pedazos y va orillada de tela lisa: de esta misma son la falda y mangas de nuestro modelo, adornadas de vueltas de tela brochada.

18. FICHÚ DE CACHEMIR.

(Patron y bordado en el pliego de patrones por el revers núm. X, figs. 30 y 31).

Esta prenda, propia de jovencitas y de toda señora de talle esbelto, se lleva de distintas telas y colores: el que presenta nuestro grabado es de cachemir negro con bordado á punto de contorno, que se repite en el cuello que vuelve, para lo cual el borde superior se borda por el revers para que vuelva hácia el derecho. El fleco es anudado al borde del fichú, y puede ser negro ó repetir alguno de los colores del bordado si éste se hace en colores. El número próximo ofrecerá dibujo para esta cenefa, que puede llevar hojas verde-oliva; los troncos café, y las estrellas grises en los centros, amarillo, rojo ó azul.

19 Y 20. PALETOTS DE DOS TELAS.

(Patron en el mes de Abril último.)

Ambos modelos, muy elegantes, están hechos en dos telas: el primero es un matalasé de verano gris, con costadillos y adornos de seda gris orillados de cordon igual. El segundo, de cachemir negro, lleva por delante vueltas en plaston de faya negra, guarneciendo las almenas de cachemir que le adornan un encaje de lana muy fruncido por debajo de ellas: lazos de faya negra.

23 Y 24. SOMBREROS Y PALETOTS PARA NIÑAS.

El primero es un paletot de cachemir con doble ribete de raso negro en todas las costuras y bordes, vueltas y bolsillos: la espalda, corta, se completa con un volante plegado de la misma tela, de 25 cents. de ancho por 18 de vuelo, ribeteado á los dos bordes. Sombrero de tul negro y ala de paja con corona de pluma, lazos azules y ruche de raso azul debajo del ala.

El segundo, de matalasé de color, cierra en diagonal y le adornan galones y botones planos: su largo es de 53 centímetros por delante, 60 por detras y 142 de vuelo. Sombrero de paja blanca, adornado de cinta azul clara, pluma blanca, y ramo de miosotis: ruche de tul blanco debajo del ala.

25. AZOTEA Ó MIRADOR DE CRISTALES ADORNADO.

Destinado á ser el sitio en el cual se reciben los amigos íntimos, nos basta con ofrecer este modelo, que una señora espiritual sabrá embellecer con muebles y cortinajes bordados por su mano.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA FLOR DE NIEVE.

Un botánico ruso, célebre en el mundo de la ciencia y conocido con el título nobiliario de conde de Anthos Koff, descubrió en 1863, en unos terrenos que forman los límites septentrionales de la Siberia, donde la tierra está constantemente cubierta por el frio manto del hielo, una preciosidad fenomenal: la flor de la nieve.

El día primero del año aparece la flor rompiendo las pesadas capas de nieve, luciendo melancólicamente sus colores en medio del seno glacial de esa region solitaria, triste como la muerte, y crece hasta la altura de un metro; á los tres dias ábrese su botón y se conserva lozana veinticuatro horas. Luce todas sus galas un día apénas, como las tristes y pálidas rosas del poeta frances, y con los últimos rayos del sol caen y se transforman sus hojas en gotas de nieve.

El tallo de esta flor tan particular tendrá poco más de dos centímetros de diámetro.

Las hojas, que son tres solamente, miden siete centímetros de largo, se desarrollan siempre inclinadas hácia el Norte, hacia donde tambien mira el cáliz.

Cuando se abre, adquiere la flor la forma exactamente de una estrella. Parémosnos que aquí la naturaleza se muestra justa. Las estrellas, que se niegan á lucir en los cielos de esos países tristes y helados, hay que buscarlas en la tierra; son estrellas que lucen ménos, pero están más cercanas al hombre. La fantasía de algunos poetas hasta las encuentran más bellas que las que bordan el ancho azul de los cielos.

Pero volvamos á la flor de nieve.

Sus pétalos, de las mismas dimensiones que sus hojas, entrelázanse tan graciosamente, que presentan el más delicado y admirable tejido de filigrana de hielo: son cinco. Al tercer día se ven brillar en las extremidades de las mismas pequeños diamantes de nieve, semejantes á los granos de arena, que es la savia de que se nutre esta extraña flor.

Imagínense nuestros lectores la alegría del ilustre botánico al ver la flor de nieve, cuando en sus largas investigaciones sobre la vida y esencia de las plantas no había visto ninguna flor tan hermosa ni tan extraña. "Despues de los primeros momentos de admiracion, de

"asombro, mejor dicho—escribe el conde—sentí el mayor placer de mi vida al analizar por la primera vez esa maravillosa obra de la sabia naturaleza, de un valor inapreciable por sus sorprendentes condiciones.

"Es toda ella encantadora, rara; surgiendo de la superficie del helado desierto que le sirve de cuna y de túmulo en un mismo día, es la fantasía, la idealidad, que quiere tomar vida donde el calor de la vida está apagado. Una de esas plantas, que inadvertidamente toqué entre mis manos, se deshizo á muy poco y quedó convertida en unos fragmentos de nieve..."

Tal es en sí la flor de nieve.

El conde de Authos Koff consiguió, á fuerza de grandes precauciones, recoger algunos granos diamantinos, y volvió á San Petersburgo, llevando en su poder lo que él consideraba la espléndida corona que le habia de envolver en la aureola de los sabios.

Depositada sobre una cama de hielo la simiente recogida por el conde, y conservada así un año con los cuidados necesarios, el día 1.º de 1864 surgió la flor de nieve de su cristalina cuna, en presencia de la familia real moscovita, sorprendida por el admirable secreto de esa efímera creación del mundo vegetal, donde diariamente tanto tiene que aprender el hombre.

El Gobierno ruso recompensó al sabio botánico dándole el título de conde de Authos Koff, que desde entonces lleva, en vez del de la flor de nieve, que era el que en rigor le correspondía.

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

3 DE MARZO!

El mundo miseria ofrece,
la sociedad un engaño;
huérfano es siempre y extraño
quien virtudes apetece.
Nada en la tierra parece
restañar profunda herida
que siente el alma, abatida
por el dolor ó la pena,
y ella exclama á todo ajena:
"¡Ven, muerte, ven escondida!"

Nacer es la desventura
propia al humano linaje;
vivir, sufrir el ultraje
de la ilusión que nó dura.
Si es nuestro bien la amargura,
si es nuestra dicha el sufrir,
si es pesar nuestro vivir,
si es nuestro sino llorar,
la muerte hemos de anhelar
sin que se sienta venir.

¡Hay catástrofe mayor
que la que dá el padecer
cuando se mira perder
el ángel de nuestro amor?
¡Existe acaso dolor
que se pueda resistir
con más ansia, que existir
perdido aquel celestial
bien? ¡ah! en desconsuelo tal
es un placer el morir.

Dios santo, que en los arcanos
justos de tu omnipotencia
dispones de la existencia
de los miseros humanos,
á Tí hoy elevo las manos
diciendo con alma herida:
Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
por que el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.

F. M. DE URCULLU.

LA COLA DE MODA.

Allá vá un cuentecito para niñas y niños mayoresitos. Pues, señor, éste era un rey, el cual dictaba leyes, según nos dicen, unas veces á torcidas y otras á derechas; sucedió que un día mandó reunir en palacio á todos sus cortesanos, y una vez allí, entre otras cosas, les ordenó "que en lo sucesivo no se presentase ante él ninguno que llevase coleta."

Sabido es que antiguamente se usaba peluca, la cual iba recogida atrás y sujeta con una cinta, cayendo por la espalda hecha una trenza, salvo el que la podía llevar de su propio pelo.

Hecha esta observación, pasemos adelante con el cuento.

Como quiera que en aquel entonces gustaba mucho dicho tocado á las damas de la corte (y también á las que no eran de la corte), como es de suponer, aquella medida

les pareció muy tiránica; y por otro lado, previendo que el hombre rapado habia de parecerles sobradamente horroroso, dados los gustos y las exigencias de la moda de aquella época, las damas de más valimiento resolvieron que una de las que gozaban de más favor cerca de la real majestad se presentase en queja, protestando de aquella medida arbitraria. Y, en efecto, una dama se presenta al rey: buscando y rebuscando argumentos, pretende inclinar el ánimo de la majestad en favor de su causa, y ya cree escuchar de sus labios las palabras con las cuales quedase revocada la orden, cuando el rey, enterado minuciosamente del asunto, con la mayor calma y sosiego exclama:

—Bien, perfectamente; concedido: no serémos nosotros, sino vosotras, las rapadas.

Y acto continuo, con exquisita finura la tomó de la mano y la condujo hasta la puerta de la régia estancia.

Figuraos un momento, queridos lectores, lo sorprendida que quedó nuestra buena embajadora con la real resolución; es imposible explicar la variedad de tintas que aquel bello rostro tomó en un instante, y creo, sin temor de equivocarme; ¡quién lo duda! que no hay pincel que traslade al lienzo un semblante que reflejase más impresiones desagradables.

¡Tales ideas y pensamientos se agitaban entonces en su perturbado cerebro!

Ensimismada en reflexiones profundas, despechada y sin aliento para insistir en una pretensión de la cual habia salido tan malparada, con pasos inciertos andaba á la ventura por las galerías de palacio, sin atinar con la salida, fija siempre en la triste idea de verse rapada.

Entre tanto, sus compañeras, impacientes, ansiaban el momento de ver realizados sus deseos y de comunicar á sus caballeros la resolución del monarca, cuando se presenta á ellas la embajadora, triste y cabizbaja. Rodéanla todas, asediándola á preguntas; mas, leyendo en su palido y desfigurado semblante el mal éxito de la empresa, pronuncian un ¡Nó!... lúgubre, ocultando el rostro entre sus manos.

La dama, hecha un mar de lágrimas, se dejó caer en un ancho sillal, tartamudeando:

—Sí!... sí!...

Y acto continuo, un círculo de damas, poco ántes diseminadas, la estrechan más y más, no comprendiendo el sentido de aquella palabra, hasta que, repuesta un poco, dice la embajadora:

—Escuchad la sentencia de nuestro soberano: para no privar á nuestros caballeros del adorno de la coleta, es circunstancia precisa el que nosotras nos tengamos que cortar el cabello.

Y no bien hubo dicho esto, cuando todas exclamaron indignadas.

—¡Qué horror, qué tiranía!... Nó, nunca, jamás.

Y hé aquí que en un momento, como si una chispa eléctrica hubiese tocado en la fibra más delicada del corazón de aquellas bellas cortesanas, combinan el medio mejor de levantarse en armas contra su rey; y los dictorios y amenazas se suceden con pasmosa rapidez, y sordamente tejen una trama asaz guerrera, y en su loco desvarío no respetan el sitio, ni á pajes, ni á escuderos, armando una marimorena espantosa, terrible y amenazadora; en fin, lectores, guerra de mujeres. ¡Dios nos libre de caer en su desgracia, amen! Yo, por mi parte, puedo decir que admiro sus buenisimas cualidades; vosotros, ya lo estoy oyendo, diréis que esto es ponerme á cubierto de su enojo; pero, ¿qué quereis? ¡Son tan buenas!... y adelante con mi cuento.

Ello es lo cierto que las damas penetran en la habitación del rey. Éste, sorprendido tan de improviso y temiéndolo por su vida, accede á cuanto le piden; y desde aquel día dictó sólo una ley, mejor dicho, un decreto que le valió el sobrenombre de "El Bueno;" hélo aquí descifrado:

"Yo el rey, etc., ordeno: Que en junta de nobles deliberen la forma de gobierno que más convenga á la nación, y elijan de su seno siete individuos (creedme, jóvenes lectores, que no es alusión á los siete pecados capitales), los más acaudalados; y que éstos, de comun acuerdo, hagan y dicten leyes, las cuales han de ser guardadas y respetadas por Nós, absteniéndose en absoluto de legislar sobre los atavíos personales; pero en cambio harán que no vuelvan á reproducirse las manifestaciones mujerieles, ni otro acto que pueda lastimar en poco ni en mucho mi real persona. Dado en Palacio, etc.—Yo el Rey.—Hay un sello con tinta azul que dice.—Rex García.—P. la G. de Dios.—Navarra."

Desde entonces cada uno llevó la coleta á su antojo, siendo unas más cortas y otras más largas. Observando la nueva ley, obraban con entera libertad y eran dueños de sus acciones, sin que hasta el presente tengamos noticia que durante aquel reinado se metieran las damas, como vulgarmente se dice, en camisa de once varas.

Y lo más serio del caso es que, en general, las señoras de la corte (me refiero á aquella corte), si no eran, ó aparecían pelonas, era porque llevaban grandes añadidos; y esto, aunque se lo reserva la historia, lo sabía muy bien el rey; pero nosotros, queridos jóvenes y amigos, vivimos en una época de progreso y civilización, que no podemos menos de decir que las damas del día son matronas admirables y de profusa y larga cabellera.

Tal emoción causó en todo el reino el suceso de la coleta, que desde entonces, según tradición, empezaron á alargarse por abajo los vestidos.

Hé aquí el que muchas veces decimos que los extremos se tocan, pues, de la cabeza, la coleta pasó á los pies.

Y á tal punto llegó la moda de la cola, que la que más y la que menos no tenía más gusto que el de lucirla, tanto más estrecha cuanto más larga, la cual, según ellas, las daba mucha majestad.

Por lo que se ve, al presente, siguen las damas modernas firmes en el propósito de aceptar la cola: unas, más estrechas y largas; otras, más anchas y más cortas.

Así, pues, observamos en los paseos y en todas partes angelicales criaturas, tendiendo de vez en cuando á hurtadillas discretas miradas á su cola; tal vez por el temor de verla pisar inadvertidamente por algún amigo íntimo, ó ya al ofrecerla su caballero galante el brazo; sintiéndose nó pocas veces hondamente mortificadas por la cola, si es más ó menos larga... pero es tal la exigencia de la moda, que no puedo, so pena de ridiculizarme á mí propio, cayendo en el enojo de las bellas, decir otra cosa más que... Siga la cola, y cada cual la use á su antojo, y... adelante con la moda que nos trae EL CORREO, y aceptémosla con entusiasmo en honor de nuestras damas, y lleven en buen hora grandes colas, que tanta majestad y gentileza dan al bello sexo, y tantos beneficios reportan al arte, á la industria y al comercio.

FRANCISCO GUERRERO GARCÍA.

BIBLIOGRAFÍA.

Los idiomas de la América latina, Estudios biográfico-bibliográficos por D. Félix C. Sobron, Médico-cirujano e individuo de varias Sociedades científicas. Madrid, imprenta á cargo de Victor Saiz, calle de la Colegiata, núm. 6, un volumen en 8.º prolongado, dos pesetas.

Se tiene por un axioma vulgarísimo, que ha llegado á alcanzar las proporciones de una verdad inconcusa, que las lenguas se han hecho para expresar nuestras ideas, y sin embargo no las expresan con fidelidad, sino más bien las llaman y las presentan á nuestra imaginación.

En efecto, todas nuestras ideas son complejas; son divisibles hasta lo infinito, y se precipitan en conjunto á nuestro espíritu, pasando con una rapidez tal ante nosotros, que nadie puede describirlas, cambiar sus aéreas y volubles formas, que se entremezclan entre sí como las figuras de un kaleidóscopo.

El hombre quisiera fijarlas del mismo modo que las recibe; pero esto es imposible de todo punto. A ningún idioma, á ningún signo le es dable producir este efecto. Púedese fijar una parte de la idea, un lado de ella, quizás un rasgo, y aplicar á éste signos que manifiesten el resto. ¡Qué extraño es de este modo que la elipsis domine en el lenguaje humano, y que, á mayor abundamiento, se haga uno comprender tanto por lo que dice como por lo que calla!

A esto, pues, se debe la diversidad de las lenguas que sirven de comunicación á unas naciones con otras; con respecto á la significación de las palabras y de las formas gramaticales, cada uno coge del grupo de ideas que se le presenta lo que puede, y le aplica un signo que le recuerde más ó menos las partes de este grupo.

Según nuestra opinión, esto debe haber ocurrido en el origen de los idiomas, formándolos como se ha podido; primero sin ningún sistema preconcebido; las formas gramaticales vinieron despues.

Por regla general, los hombres de genio no han sido los inventores de las primitivas lenguas. El hombre de genio, ya civilizado, ya salvaje, es ordinariamente modesto y poco amigo de presentarse á la multitud. En cambio, si raras veces el genio domina en los asuntos humanos, la medianía y la suficiencia gobiernan la mayor parte de las veces desde los más altos lugares. En todas las reuniones de hombres hay una clase que se puede llamar *gestora*, formada de personajes que no dudan de nada, y que adquieren una influencia á la que la modestia no puede ó no se atreve á llegar.

Dado el primer impulso por los iniciadores, dejáronse arrastrar todos los que les sucedieron, porque la naturaleza humana, ignoramos la razón, se inclina más á imitar que á inventar, tendencia general que obligó á conservar las vías trazadas que se infundieron al idioma, y el

carácter gramatical que entrañara desde su formación. Así vemos al chino, desde hace más de cuatro mil años, que ha permanecido monosilábico, y que los idiomas de la India, muy al contrario, conserven el carácter opuesto, aunque se toquen y hasta se confundan estos mismos pueblos.

Sin embargo, no vayan á creer por lo antedicho nuestros lectores que, si nó todas, alguna vez no haya presidido el genio á la formación de un idioma, pues la lingüística nos presenta como un gran modelo al griego, como bellísimo ejemplo; pero hasta este mismo, si se le considera atentamente, veremos que contiene nó pocas anomalías, efecto quizás por una parte á la mezcla con los demás pueblos; quizás, por otra, á la corrupción inherente á toda obra perecedera.

De este modo se han producido muchos idiomas según el carácter de los que han presidido á su formación, modificado hasta cierto punto por el clima y otras muchas circunstancias locales, y á cuyo resultado debemos en la actualidad contar con tanta diversidad de lenguas, unas analíticas, otras monosilábicas, otras polisilabas, de inversiones, idiomas en los cuales se siguen las palabras en un orden regulado más ó ménos natural, de inflexiones, de partículas á prefijos y subfijos, y tantos otros más, cuya enumeración nos llevaría muy lejos.

Por lo expuesto, se comprende que, á nuestro parecer, la casualidad, el capricho, la ignorancia y una porción de circunstancias, tanto locales como personales, hayan concurrido á la formación original de los

rica, cuya formación é índole nos parece no pueden explicarse satisfactoriamente por ningún otro sistema.

En efecto, si se considera el lenguaje humano como formando parte de la historia natural del hombre, el lenguaje de los indígenas de América, bajo la relación de su estructura y forma, puede mirarse como un género que tiene sus especies y variedades, en el que predominan los rasgos genéricos; pero que no sucede lo mismo con respecto á su etimología. Mientras que en el antiguo mundo, desde las orillas del Ganges hasta el Océano Atlántico, los idiomas se diferencian entre sí sólo por las formas gramaticales, y cuyas palabras, sin embargo, tienen tal analogía que los filólogos los han reunido en una sola y misma clase, bajo la denominación de idiomas indogermánicos ó indo-europeos, en el continente americano sucede lo contrario.

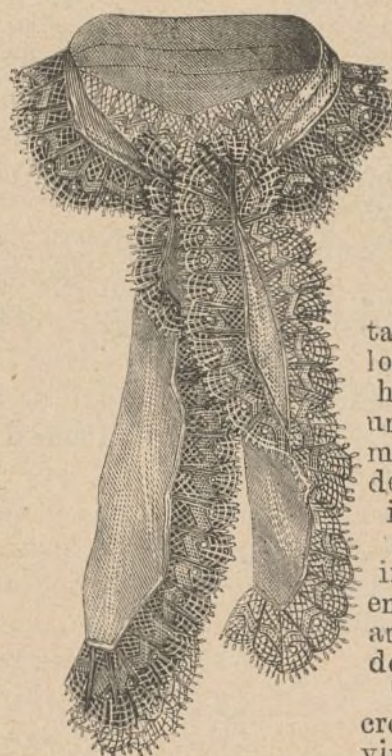
También se ha creído poder servir de la comparación de los idiomas para llegar á un resultado sobre el origen de los pueblos de América; y en efecto, se han encontrado en los idiomas que hablan las diversas naciones del Nuevo-Mundo muchas palabras que se parecen, por el sonido y la significación, á palabras del antiguo continente; pero estas aproximaciones son raras, y provienen sin contradicción del parentesco general de los idiomas, más bien que de las de familia. Otra circunstancia, que es de un gran peso en esta clase de investigaciones, es la diferencia



3. Corbata de cinta y encaje.

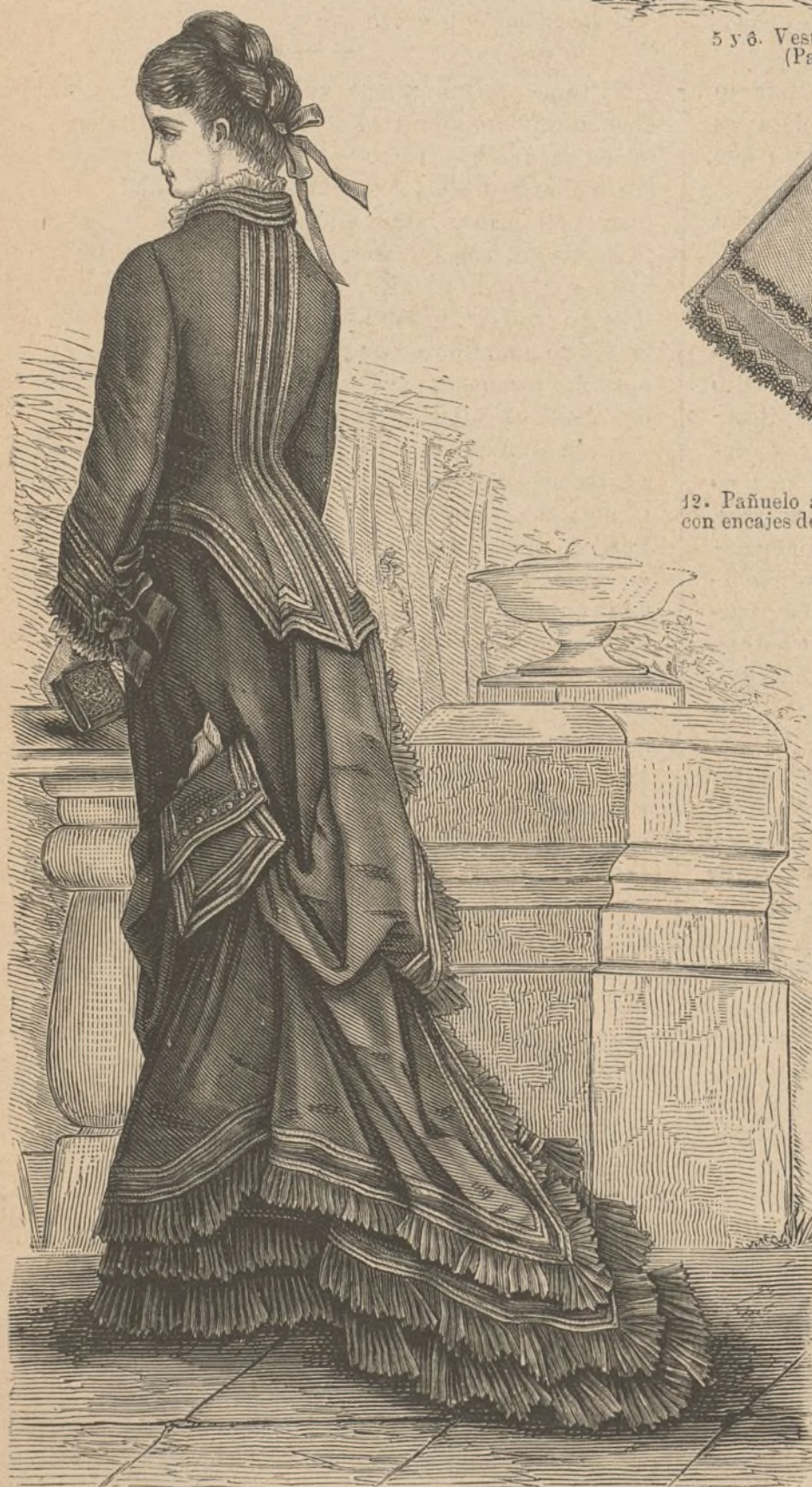


5 y 6. Vestido de verano con túnica, visto por detrás y por delante. (Patrón: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 4.)

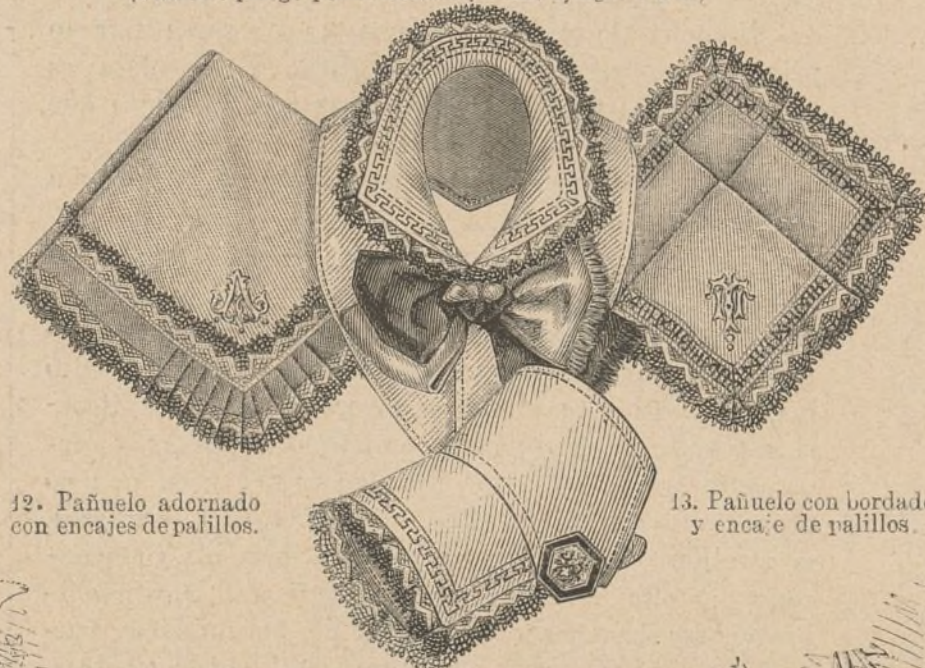


4. Corbata de muselina y encaje.

do sobre el origen de los pueblos de América; y en efecto, se han encontrado en los idiomas que hablan las diversas naciones del Nuevo-Mundo muchas palabras que se parecen, por el sonido y la significación, á palabras del antiguo continente; pero estas aproximaciones son raras, y provienen sin contradicción del parentesco general de los idiomas, más bien que de las de familia. Otra circunstancia, que es de un gran peso en esta clase de investigaciones, es la diferencia



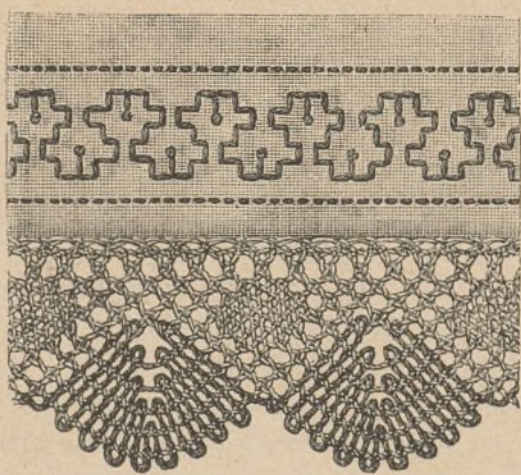
7. Vestido con con cuerpo-frac. (Véase el núm. 21.)



12. Pañuelo adornado con encajes de palillos.

13. Pañuelo con bordado, y encaje de palillos.

9 y 10. Cuello y puños adornados de encaje de palillos. (Patrón: pliego por el derecho, núm. IV, figs. 13 á 17.)



11. Bordado y encaje para el cuello y puños. (Véanse los núms. 9 y 10. Dibujo del encaje: pliego del derecho, fig. 35.)

idiomas, que éstos hayan necesitado y forzosamente diferido en su estructura y en sus formas gramaticales, y que la necesidad apremiante de entenderse los obligaran á adoptar diversas maneras para arribar á este punto.

Esta teoría del origen de los idiomas nos ha sido sugerida por el estudio de los de Amé-



8. Traje para salón. (Véanse los núms. 17 y 22.)

pueden
tro sis-
humano
ral del
mérica,
forma,
ene sus
ominan
cede lo
. Mién-
las ori-
el Gán-
asta el
o At-
co, los
asse di-
an en-
ólo por
ormas
ticales,
s pala-
sin em-
tienen
gía que
gos los
ido en
y mis-
bajo la
ción de
indo-
cos ó
opeos,
tinente
o suce-
rario.
a se ha
er ser-
com-
de los
ara lle-
esulta-
e Amé-
ndo en
as na-
labras
signi-
conti-
son ra-
on del
s, más
ircuns-
en esta
erencia



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Isabel 2.^a II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



11. Encaje
por

americanos
dad, hasta a
ce demostr
han exami
las dos nac
conformida
los salvaje
del nuevo
otros puebl
en los póm
dos. En c
pueblos de
tignos hab
otros puebl
no existe d



17. C

De es
figuraci
nos, ni
tan pr
poblar
nias ve
crítica
cuestio
faltan

Fiján
el cará
americ
lectore
much
bra, t
los fil
polisim
viene
conoc
groenl
que s
pues c
mo em



14. Encaje de valillos. (Dibujo: pliego por el derecho, fig. 36.)

americanos del Norte y los mongoles; pero esta conformidad, hasta ahora, para nosotros no parece demostrada. Viajeros instruidos, que han examinado muchos individuos de las dos naciones, aseguran que la única conformidad que han encontrado entre los salvajes de la parte septentrional del nuevo continente, los kalmucos y otros pueblos de la misma raza, consiste en los pómulos salientes, común á los dos. En cuanto á la afinidad de los pueblos del Norte de Asia con los antiguos habitantes de Méjico, Perú y otros pueblos de la América meridional, no existe de seguro.

marcada en los rasgos característicos entre los habitantes de la América y los del Asia, de donde se había pensado que procedían los primeros.

No ignoramos que la mayor parte de los autores han creído notar el parecido entre los

subfijos, como en el cof-to, hebreo é idiomas semíticos, reunión de partículas significativas, como en el chino, y por último, de sílabas y con frecuencia de simples letras intercaladas

para despertar una idea de expresión de la que ésta forma parte, á lo que es preciso añadir la elipsis, los indios americanos han conseguido formar idiomas que comprenden muchísimas ideas con el menor número de letras posible, pudiendo, á mayor abundamiento, por medio de ciertos procedimientos, cambiar la naturaleza de todas las partes del discurso y del verbo, hacer un adverbio ó un nombre, del adjetivo ó sustantivo un verbo, pudiéndose por tal método formar con estos idiomas salvajes palabras hasta lo infinito.

A presentar á la consideración de nuestros contemporáneos las particularidades y bellezas que entrañan estas antiguas lenguas de los países que ántes formaron nuestra patria,



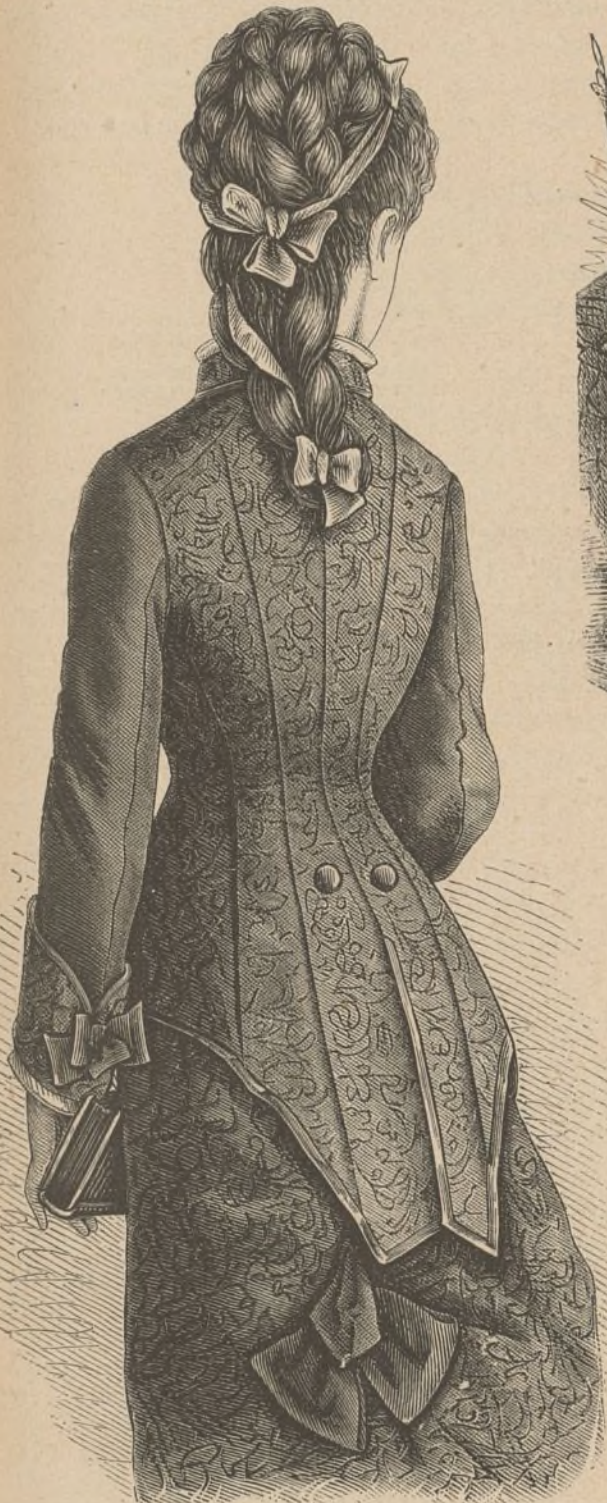
15. Encaje de valillos para adornar cuellos y pañuelos.



16. Traje para soiré: abanicos de moda.



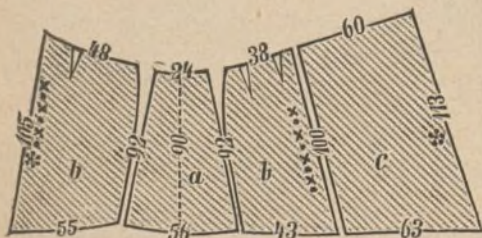
18. Fichú de cachemir. (Patron y bordado: pliego por el derecho, núm. X, figs. 30 y 31.)



17. Cuerpo-frac. (Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 9 á 12.)

De este modo, como ni la configuración física de los americanos, ni sus idiomas, nos presentan pruebas suficientes para hacer poblar el Nuevo-Mundo por colonias venidas del antiguo, la sana crítica no debe ocuparse de tal cuestión, para cuyo resultado nos faltan pruebas positivas.

Fijándonos en este momento en el carácter general de los idiomas americanos, diremos á nuestros lectores que éste consiste en reunir muchas ideas en una sola palabra, tendencia que ha obligado á los filólogos á llamarlos idiomas polisintéticos, nombre que les conviene á todos, á lo menos los que conocemos hasta el día, desde el groenland hasta el chileno, sin que sepamos alguna excepción, pues con ayuda de inflexiones como en el griego y latino, afijos y

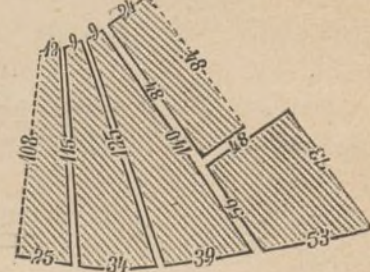


21. Croquis de tamaño reducido d: la túnica núm. 7.



19. Paletot de dos telas.

20. Paletot guarnecido de encajes.



22. Croquis de tamaño reducido de la túnica núm. 8.

con gran copia de erudición la etnografía de los que pertenecieron á la raza latina, con una sencillez que envidiarían los Klaproth y los Schlæzer, tan apreciados en esta ciencia; la segunda está dedicada al idioma mejicano; la tercera, á los idiomas chileno y peruano; la cuarta, á los del Paraguay y Río de la Plata; la quinta, á los de Bogotá, Guatemala y Panamá; la sexta, á los idiomas brasileños; la séptima, á los del archipiélago filipino, y la octava á los de las islas de Vavao.

Como si tantos trabajos é investigaciones en la lingüística no fueran suficientes para recomendar esta eruditísima obra, el Sr. Sobron avalora aún muchísimo más cada una de las partes en que la divide con una reseña biográfico-bibliográfica de una utilidad inmensa, que facilita esta clase de estudios para el que quiera escribir sobre ellos, y que presenta ante el curioso los notables libros publicados en las lenguas de la América latina desde los primeros tiempos de la conquista; trabajos admirables, cuyo título y autores han caído para las actuales generaciones en el más sensible olvido.

Esta es, á grandes rasgos, la obra del Sr. Sobron; obra, cuya importancia no necesita de nuestras alabanzas, pues *Los idiomas de la raza latina* son de aquellos trabajos literarios que basta su título solo para llamar la atención de propios y extraños, y ocupar su puesto debido en las librerías, tanto del sabio, como del curioso.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Al lado de ésta veíase á su padre, magníficamente vestido, y que dirigía á todas partes sus orgullosas miradas, como en demanda de plácemes y albricias.

A una indicación del patriarca, las damas de la servidumbre se acercaron á la régia desposada y la quitaron la corona nupcial. Luego la joven, trémula y ruborosa, fué á arrodillarse á los pies del patriarca, quien la impuso la cruz santa.

Levantáronse entonces nubes de perfumes, girando en torno de los antiguos pilares de la iglesia; exhaló el órgano sus majestuosos acordes, y cien voces puras y sonoras entonaron el himno *in plurimos annos*.

Entre tanto, el patriarca echó al cuello de Marina la cadena de Monomaco, la consagró y la dió la comunión.

Luego el czar y la zarina, ambos jóvenes, ambos hermosos, y más en aquel instante en que estaban satisfechos los más dulces sentimientos de sus almas, se acercaron al ara de himeneo, revestidos con la corona y con el manto imperial.

Pero cuando las manos de Dimitri y de Marina se enlazaron para formar aquella unión que jamás debe romperse, resonó un grito tan doloroso en medio del silencio universal, que los circunstantes se miraron unos á otros consternados.

¿De dónde había partido aquel grito?

Nadie lo sabía, nadie pudo adivinarlo; pero algunos aseguraban que había salido del mismo catafalco.

La ceremonia continuó, no obstante; solo que los nuevos esposos, que antes rebotaban de alegría, estaban pálidos, y ambos dirigían al tálamo miradas furtivas de supersticioso temor.

Del mismo modo que la novedad de la ceremonia había disipado las preocupaciones y la inquietud de los circunstantes, aquel incidente singular los renovó, extendiéndose rápidamente de un lado al otro del templo un velo de tristeza que oprimía todas las almas.

Terminóse la ceremonia: Dimitri y Marina se levantaron, y pasaron con indecible repugnancia por delante del tálamo; pero, cuando ya iban á dejarlo atrás, oyóse otro quejido, y esta vez tan lastimero, que parecía el último de un pecho que se rasga.

Marina, estremecida, se detuvo, y clavó sus inciertas miradas en Dimitri, tan pálido y turbado como ella.

Entonces la joven, presa de un extraño frenesí, se lanzó hacia el catafalco, y exclamó con voz vibrante:

—¿Quién sufre aquí? Acérquese el que sufra, y partirá consolado.

Todos se apartaron respetuosamente, y dejaron descubierta á un hombre que estaba abrazado á uno de los pilares en que estaba apoyado el tálamo, y parecía como querer identificarse con el mármol.

—¿Y bien? preguntó Marina, tranquilizándose á la vista de un ser humano; hablád, pedidme la gracia que queráis, y cualquiera que sea, juro otorgárosla.

—Señora, dijo una voz tan débil y trémula, que más que voz parecía un suspiro; si algún día, lo que Dios no

permita, fuérais muy desdichada; si os abandonasen todas las felicidades, todas las ilusiones de la vida, acordaos de Kosma-Minin, éid á buscar consuelos entre sus brazos.

—Acercaos, acercaos; ¿quién sois? exclamó Marina fuera de sí. ¡Oh! ¡yo conozco esa voz; acercaos!...

El hombre, lejos de obedecerla, se adhería con más ahínco á la columna; pero sus ojos se fijaron en Marina, y brillaron en medio de la semioscuridad que le cercaba como dos centellas...

Marina soltó un agudo grito, y cayó desmayada en los brazos de sus damas.

El momento de confusión que sucedió á esta rapidísima escena es indescriptible.

Los que estaban más cerca se agolparon en torno de Marina; los que se hallaban más distantes creyeron que ya había estallado el motin, y se dispusieron á la fuga.

Oyóse una voz de mujer, que dijo:

—¡Han muerto á la emperatriz!

A estas palabras, apoderóse un terror pánico de la muchedumbre, y ciega, desalentada, entregada á un espantoso vértigo, acudió á las puertas, formando murallas que impedían el paso con sus mismos cuerpos.

Gritaban las mujeres, vociferaban los hombres, atropellándose todos, pasando por encima los unos de los otros, sin cuidarse de las víctimas que dejaban á su paso.

Sólo la voz de Dimitri, que, dominando el tumulto, retumbó clara y sonora por todos los ámbitos de la iglesia, pudo llevar la calma á los ánimos é impedir que hubiese nuevas desgracias.

En cuanto al presunto autor del conflicto, cuando el czar, en los primeros momentos, se abalanzó al tálamo, el patriarca Job le aseguró que había sido preso por sus familiares, y encerrado en una estancia del mismo convento.

Mas ¡ah, que la brillante fiesta se hallaba ya conturbada!

Los que habían podido salir de la iglesia, habían llevado ya el espanto y la confusión á las calles y las plazas, y la régia comitiva regresó á palacio en medio de un sepulcral silencio.

CAPÍTULO XVI.

El que Job había mandado prender, creyéndole autor del conflicto, era Alejo.

Job se había apresurado á aprovechar la ocasión de apoderarse del que era el amigo más adicto que tenía el czar, y el más encarnizado enemigo suyo.

Pasábase Alejo como fiera enjaulada por la estancia que le servía de encierro, soltando inarticulados gritos de rabia y desesperación.

Sólo una esperanza le alentaba: el hijo mayor de Eduvigis, dean, como sabemos, de la catedral, que era quien le había facilitado la entrada en el templo, y le había ocultado entre los pliegues del paño mortuario, quizás, contrarestando las órdenes del patriarca, iría á libertarle.

Pero el tiempo pasaba, y la puerta de la estancia permanecía cerrada.

Cuando por último se abrió, haciendo palpar de júbilo el corazón del joven, fué Alejandra la que apareció en sus umbrales.

Venía pálida, trémula, conmovida.

Acercóse á Alejo con ademán humilde, casi suplicante.

—Nuestra última entrevista fué muy amarga, murmuró con tiernísimo acento; ¡plegue á Dios que pueda hallar ahora el camino de tu corazón!...

—Dajadme salir de aquí, y os deberé más que la vida, prorumpió Alejo con ímpetu.

—Es preciso que te revele un secreto... que tal vez nunca me sería ya dado revelarte... Los momentos son supremos... el que arroja una flecha envenenada, ignora si volverá á clavarse en su propio corazón... ¡Ah! ¡tú no sabes lo que sentí al verte hacer poco en la iglesia!... ¡Alejo, Alejo! ¡nada habla en tu alma á favor mío!

Acercóse á él con un movimiento apasionado; tendió los brazos, como si quisiera aprisionarle en ellos; pero el joven se desvió con un movimiento brusco é instintivo.

—¡Ah! exclamó Alejandra, me aborreces... ¡lo sé!...

Dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo; permaneció muda, desalentada, absorta en su dolor.

De pronto gritó con todo el transporte de sus violentas pasiones:

—¡Hijo mío!... Alejo... ¡eres mi hijo!

—¿Qué nueva asechanza es ésta? exclamó el joven con acento receloso.

—Eres mi hijo, prosiguió Alejandra anhelante; el hijo de Boris Godunof, el que Chiński abandonó por su orden sobre las gradas de una iglesia... ¡Eduvigis me lo ha revelado todo!...

Conmovióse Alejo vivamente: brilló en sus ojos un rayo de alegría...

—¡Mi madre! exclamó; ¿será posible?...

Pero entonces, repuso con delirante júbilo, si sois mi madre, me dais la libertad, permitireis que vuele al lado de mis amigos...

—¡Siempre ellos! ¡nada más que ellos! murmuró Alejandra con tono sombrío; ¡ingrato!... Pero, de hoy más, tu causa no es su causa... Escucha, escucha, y sabrás cuánto ha hecho por ti tu madre, la madre á quien desprecias...

Alejandra medía el corazón de su hijo por el suyo; creyó atraerle á sí, sujetarle á sí por medio de la ambición.

—Escucha, escucha, prosiguió rápidamente; se conspiraba; tiempo hacía que se conspiraba; yo era el alma del complot; pero en el momento decisivo entregué al czar la lista de los conspiradores para que, prendiéndolos y vejándolos, encendiese más y más las iras populares... Promoviendo cada día un conflicto, le obligué á que alejase de Moscu á los hermanos de Marina y á los principales polacos.

Acusándolos de traidores, logré que hiciese salir de Moscu á la mayor parte de los cosacos y strelitz, y que cambiase los altos funcionarios del Estado... Hoy Dimitri se halla solo, sin amigos, sin defensa... ¡Mañana, si tú quieres, el emperador de Rusia se llamará Alejo Godunof!

El joven corrió á la puerta, y empezó á golpearla con desesperada furia, gritando:

—¡Socorro!... ¡socorro!...

—¿Qué haces? ¿qué intentas? exclamó Alejandra aterrada.

—¡Que me oigan, que me abran!... ¡que me permitan revelar vuestra traición! ¡salvar á mis amigos!

Alejandra permaneció un instante suspensa, confusa... un torvo fuego brilló en sus miradas; una sonrisa siniestra entreabrió sus labios.

—Ven, dijo con su tono más dulce, más persuasivo; ven á mis brazos; llámame madre... tu voluntad es la mía... lo que tú quieras, yo lo quiero...

Corrió á ella el joven, transportado de alegría; pero la astuta sirena le desvió rápidamente de sí, voló á la puerta, la abrió y cerró por fuera, dejándole burlado.

Pero casi en aquel mismo instante asomó por entre los barrotes de la altísima ventana el rostro noble y expresivo del hijo de Eduvigis.

—Vengo á salvarte, Alejo, gritó con acento jovial; traigo una lima y una escala.

Tiempo hacía que la iglesia de la Asunción había quedado desierta; que se habían apagado las luces, ménos las que ardían en torno del catafalco; que se habían cerrado las puertas, cuando dos brazos mutilados entreabrieron el paño recamado de oro, dos ojos centellantes brillaron sobre aquel negro fondo, y una voz tristísima murmuró: —¡Pluguiera á Dios que hubiese muerto!

Probablemente, el que había pronunciado aquellas palabras, habría estado rendido hasta entonces á un profundo desmayo. Pero, aunque hubiese recobrado el uso de los sentidos, nó por eso permaneció ménos inmóvil, ménos abismado en la noche en que se hallaba sumergida su alma.

¡Ah! que Jorge había querido, como siempre, sondear su herida, y era tanta la sangre que brotaba de ella, que se sentía morir.

Pasaron algunas horas más.

La luz del crepúsculo no entraba ya por los pintados vidrios de las ventanas; los rumores del día habían ido aminorándose, extinguiéndose á lo lejos.

Jorge se había arrodillado, y seguía inmóvil, con la frente apoyada en una de las columnas de mármol que sostenían el tálamo.

No sentía hambre ni sed, calor ni frío; no tenía conciencia del sitio en que se hallaba; no tenía conciencia de su propia vida. Sus ojos miraban sin ver; su mente carecía de ideas. A veces rezorría sus miembros un temblor convulsivo, y sus dientes chocaban unos contra otros, como si le acometiera el frío de la calentura; á veces prorumpía en insensatas carcajadas, y los ecos del templo repetían sucesivamente su siniestra risa.

Las horas volaban; el mundo exterior se adormecía; pero se oía á lo lejos un sordo rumor, semejante al que produce el mar tempestuoso.

De pronto se abrió una puerta, y alguien entró en la iglesia.

Jorge se envolvió maquinalmente en el paño fúnebre.

Al cabo de un momento se abrió otra puerta, y otra persona entró en la iglesia, yendo al encuentro de la primera.

Aunque hablaban muy bajo, Jorge oyó distintamente estas palabras.

Todo va bien... Chiński se halla ya libre y entre nosotros... La señal del motin será un disparo de strelitz... La hora, las tres de la madrugada... Así que oigas la señal, echa al vuelo las campanas...

Se separaron; salieron por las mismas distintas puertas por las cuales habian entrado, y todo volvió á quedar en silencio.

Jorge arrojó lejos de sí el paño mortuorio, y recorrió con sus miradas los dilatados ámbitos de la iglesia.

La sombra invadía sus altas naves; las efigies de los santos parecían otras tantas fantasmas medrosas suspendidas en los aires.

Jorge tuvo miedo.

«Estoy vivo ó muerto?... murmuró hablando consigo mismo... ¿En dónde me hallo?... ¿qué querían esos espectros? ¿qué murmuraban esas voces? Algo funesto habia en sus palabras, porque me han despertado de mi sueño... ¿Qué decían? ¡No sé!... No acierto á darme razon de lo que han dicho... Tal vez estoy entre los muertos... ¿No he oído doblar por mí?... ¿no he oído entonar las últimas preces por el descanso de mi alma? ¿no lloraban todos por mi muerte?... Todos, y ¡ella también! ¡Ah, Marina! vivo, vivo, porque tu nombre no haría latir el corazón de un cadáver. Vivo, pienso, y lo comprendo todo... Chiuski está libre, y Dimitri está perdido... ¡Va á estallar una sedición!... La señal es un disparo y el toque de campanas...»

«¡Oh, Dios mío, Dios mío!...»

Y loco, fuera de sí, buscó los dos cayados en los que solía apoyarse, y no los halló.

Tal vez, cuando, al acercarse Marina, se habia ocultado precipitadamente entre el paño fúnebre, habrían ido rodando hasta el centro del catafalco; tal vez los habria cogido alguno para defenderse, en el momento del tumulto.

«¡No los halló!»

Entonces se arrastró hasta la puerta, y empezó á sacudirla frenéticamente, como si quisiera arrancarla de sus goznes.

Pero de sus brazos mutilados y de su frente manaron rios de sangre, y la puerta quedó inmóvil.

«¡Dios mío, Dios mío! clamó el infeliz con un grito desgarrador; ¡piedad, piedad, Dios mío!»

Redobló sus esfuerzos; los redobló en vano...

«¡Oh espíritus elegidos, repuso delirante! venid en mi auxilio, haced que se abra esa puerta, y os prometo ir arrastrando hasta Kamschatka, y colgar un ramo de abedul en vuestra ermita santa...»

Sólo el eco de las bóvedas respondió á esta imprecación, á estos lamentos, y las estatuas gigantes parecían insultar con su inmovilidad las súplicas de aquel corazón despedazado.

Y mientras ellas permanecían inmóviles, seguía oyéndose á lo lejos aquel vago rumor, que iba creciendo por momentos.

El tiempo es un inflexible enemigo, que jamás concede treguas.

La campana del reloj dió un sonido, luego dos, luego tres...

Jorge la respondió con frenéticos aullidos, arrastrándose como un insensato de un lado al otro de las naves...

Una de las puertas laterales se abrió y se volvió á cerrar: un hombre, tal vez uno de los dos que ántes habian estado allí, cruzó la iglesia, llevando una luz en una mano, y en la otra un manojo de llaves...

Jorge se llegó silenciosamente á él y le derribó en el suelo.

El hombre huyó despavorido por donde habia entrado, pero dejó las llaves sobre el pavimento.

El primer grito de Jorge fué de triunfo; pero luego derramó lágrimas de sangre, al contemplar su impotencia.

«¡Ay! las llaves estaban allí, delante de él, y no podía ampararse de ellas con sus puños mutilados.»

El infeliz hizo inauditos esfuerzos para cogerlas, para meter la que le pareció en la cerradura de la puerta principal, para darla vuelta.

Su frente estaba cubierta de sudor, su boca arrojaba blanca espuma; el tiempo corría; el mugido amenazador se acrecentaba, y la puerta no se abría.

«¡Señor, Señor! exclamó otra vez, cayendo de rodillas y con los brazos extendidos; ¿por qué me abandonais de esta manera?»

En aquel instante oyóse el rumor de lejanos pasos, y una de las puertas volvió á abrirse; pero esta vez apareció en su dintel un rostro amigo.

Era Alejo, que habia recobrado por fin la libertad, y acompañado de su salvador, venía á buscarle.

«¡Alejo! ¡Alejo! gritó Jorge, tendiendo hacia él sus brazos suplicantes... Alejo... una conspiración... van á matarla. Corre... corre... Dios te envía... corre... sálvala. Es preciso que no hagan la señal... una detonación, ¿sabes? un repique general de campanas.»

«Yo impediré que éstas toquen, exclamó el joven sacerdote desapareciendo.»

«¡Pronto, Alejo, pronto!... prosiguió Jorge; vuela tú

á palacio... Avisalos del peligro... pero nó por ahí... n.º. llegarás ántes por la puerta principal...»

Esta llave no es; la otra... Apresúrate... apresúrate, que no hagan la señal, que no la hagan, porque si la oigo, muero... ¡Abre... abre!... corre... corre!...

Aljo se habia precipitado ya á la calle, dejando la puerta abierta de par en par.

«¡Oh! ¡si yo pudiese correr como él! Dios mío! sollozó Jorge; la vida por correr un solo instante!...

Salvó arrastrando el dintel de la puerta; arrastrando, bajó la escalinata.

Entonces comprendió la causa de aquel extraño rumor, parecido al que produce la marea.

La plaza estaba llena de grupos misteriosos.

Las luces de la iluminación se apagaban; las flores de los arcos de triunfo pendían de sus ramas mustias y deshojadas; los puñales brillaban en las manos de aquellos sombríos personajes, que procuraban ocultarse en los ángulos oscuros.

A lo lejos se descubría el palacio real, por cuyas ventanas salían raudales de luz, torrentes de armonías...

Al suntuoso banquete nupcial habia seguido el baile, más suntuoso todavía.

Los de la plaza no se asombraron al ver abrirse las puertas del templo, porque aquella noche ya se sabía que era la noche de los misterios.

Jorge, arrastrándose como una culebra, se deslizaba por entre la multitud, que iba siendo cada vez más compacta.

«¡Oh! ¡si pudiera yo llegar hasta el palacio... ántes que la horrenda señal hiciese esgrimir todas esas armas! pensaba; me daría á conocer, hablaría al pueblo... Antes solía hacer milagros... ¿quién sabe?»

«¡Dios mío, Dios mío, dadme un poco de fuerza, y después quitadme la existencia!»

La oración alienta.

Jorge llegó casi enfrente del palacio; pero cuando ya iba á elevar sus manos crispadas hacia el cielo para darle gracias, resonó en los aires la fatal detonación, á la que respondieron todas las campanas de Moscú, todas á vuelo.

«¡Muera el impostor, muera los polacos! gritaron de todas partes.

Jorge cayó helado junto á los escombros del palacio de Boris, y no hizo un solo movimiento para sustraerse á los embates de las furiosas turbas, que surgieron de entre las tinieblas para invadir la morada de los czares.

A su frente iba Chiuski, que llevaba en una mano un Crucifijo y en la otra una espada.

Al entrar en el Kremlin, postróse ante la imagen de la Virgen, y luego exclamó en voz alta:

«¡En nombre del Eterno, marchad contra el aborrecido hereje!»

«¡Muera el impostor, muera el hereje! gritaron los príncipes, boyardos y voievodos que le seguían.

«¡Muera el impostor, muera el hereje! repitió la multitud.

Y brillaron millares de picas y espadas en manos de aquellos foragidos, que acudían de todas partes, y las campanas seguían tocando á vuelo, sembrando en todos los ámbitos de la dormida ciudad la confusión y el espanto.

(Se continuará.)

SALONES Y TEATROS.

Hoy, no hay duda, exclamaron no hace muchas noches cada uno de los individuos que constituyen el público inteligente y el que no lo es, todo Madrid va, y nosotros iremos también.

Y se encaminaron por la calle de Alcalá abajo y Recoletos arriba, en dirección al Circo del Príncipe Alfonso.

Estrenábase *El Doctor Ox*, letra de D. Mariano Pina y música de Offenbach, puesta en escena con sumo lujo y perfectamente ejecutada. No agradó, sin embargo, la obra el primer día. Por nuestra parte, podemos asegurar que, si la música nos pareció muy bella, el libro no es mejor ni peor que tantos otros como han formado las delicias de los aficionados al género bufo, y como se han aplaudido en el teatro de Jovellanos, interpretados por la compañía de María Frigerio.

Tal concepto de ella debieron formar también los espectadores sensatos, porque cada día gusta más, haciéndose repetir algunas piezas.

En el Circo de Price llama extraordinariamente la atención M. James Palmer, artista que goza de mucha celebridad por su mero y difícil trabajo, desconocido hasta hoy en la capital de España, y que consiste en recorrer una buena distancia sobre un espejo con la cabeza hacia abajo.

Tanto él, como los demás que toman parte en los espectáculos presentados en aquel favorecido recinto, atraen todas las noches una numerosa concurrencia.

No fué escasa la que acudió á los Jardines del Buen Retiro, la noche de su inauguración, para aplaudir la preciosa obra de los Sres. Sierra y Monfort, *Azulina*. Verdaderamente no es necesario ir al campo para respirar un ambiente suave saturado de perfumes, pues bajo aquellas frondosas arboledas se olvida por completo el calor y el polvo de las calles de Madrid.

¡Lástima es que este año los aficionados á la buena música no puedan extasiarse con las melodías de los maestros clásicos, tan magistralmente interpretadas por la Sociedad de conciertos!

La compañía que bajo la dirección de D. Ricardo Morales actúa en el teatro de Apolo ve recompensados sus afanes con el creciente favor que la dispensa el público, pues ha tenido el buen tacto de poner en escena obras de mérito, hace tiempo no representadas, y que se apartan completamente del género bufo, que por fortuna ya va pasando de moda.

La tercera velada literaria que se dará en el teatro de Jovellanos promete ser tan deliciosa como las dos anteriores; y en verdad que, quien no haya oído al ilustre Zorrilla declamar sus versos, debe poner en juego todo su ingenio para conseguir oírle, pues no hay armonía que pueda igualarse á la armonía de su voz, á la poderosa magia de su acento.

A pesar de esto, el acontecimiento que más ha preocupado al público estos días ha sido la reaparición de Frasquito en la Plaza de Toros. Todo Madrid ha presenciado su inaudito triunfo, y por lo tanto creemos innecesario ocuparnos de él.

Sea como se quiera, la verdad es que, si nuestras bellas no pueden lucir ya sus galas en los salones, los paseos públicos y los numerosos espectáculos les ofrecen ancho campo para que pongan en tortura los bolsillos de los padres y maridos.

BELOSO.

Á LA SEÑORITA

DOÑA FILOMENA JAUREGUI.

Preciosa Filomena,
Que la charada
Rotina descifraste
Con tanta gracia:
¿Qué he de decirte,
Al ver cuán generosa
Conmigo fuiste?
Cien fardos de igual tela
Dices me dieras,
Si de ellos libremente
Tú dispusieras.
¿Para qué tanto?
Si no tendría, hermosa,
En qué emplearlos?
Nunca he sido ambicioso
Ni hoy puedo serlo,
Siendo casi un cadáver
De anciano cuerpo:
Esto no impide
Que un deseo conciba,
Que es muy posible.
Se cifra solamente
Dicho deseo,
En que siempre te agraden
Mis pasatiempos:
Si lo lograra,
Mis fútiles tareas
Vería premiadas.

JERÓNIMO COUDER.

Junio 7 de 1877.

Solución á la charada que apareció en el núm. 21 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Junio, por las señoras Doña Carmen Andru, de Tarragona; Doña Gertrudis Vicente, de Jaén; Doña Carmen Martínez, de Burgos; Doña Filomena Suarez, de Badajoz; Doña Margarita Rius, de Játiva; Doña Rita Quiñones, de Cáceres; Doña Norberta Pamiés, de Sevilla, y Doña Marcelina Contreras, de Segovia.

CERO.

CHARADA.

Infinitivo es prima
De cierto verbo,
Y la segunda y tercera
Nombre completo,
Y femenino,
Y la prima y tercera
Un canton suizo.
Artífacto es el todo,
Y aunque no es nuevo,
Su variada figura
Le hace serlo.
Presta muy buen servicio
Lo mismo al pobre
Que á aquel que es rico.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 1.º de Junio de 1877.

CORRESPONDENCIA.

Una suscritora.—Agotados los ejemplares en los que apareció la novelita á que V. alude, y no habiéndose hecho tirada aparte, no nos es posible complacerla, quedando á su disposición los cinco reales en sellos que nos ha remitido.

En el próximo pliego hallará V. lo que desea con respecto á los cuellos de moda.

Carolina.—Me han indicado una pomada radical contra las arrugas, tan sencilla é inofensiva, que no tengo inconveniente en publicarla. Se toman tres gramos de jugo de cebolla de lirio blanco y 34 gramos de miel: se hacen fundir en baño-maria 15 gramos de cera blanca, y se mezcla el todo hasta formar una pomada con la cual se unge la piel por las noches.

Una simpática suscritora.—Después de tres meses de un luto riguroso, se pueden hacer visitas y asistir á un casamiento, siendo permitido vestir un traje de granadina negra adornado con algunos lazos. La túnica hebrea ya no se lleva.

Al borde del mar.—El sombrero de paja adornado con muchas flores y la gasa de seda es lo que más se lleva este verano.

Nieves.—La ausencia de algunos días de esta capital me ha privado del placer de contestar antes á su favorecida. Ante todo, mil enhorabuenas por su próximo cambio de estado, que deseo sea sumamente feliz.

Por lo demás, en los números de EL CORREO pertenecientes al mes de Abril ha debido hallar extensa contestación á todas sus preguntas.

Me es imposible fijar el número de prendas de lencería que compongan el *Trousseau*, porque cuanto más, mejor, según los medios de cada uno. Igualmente depende del buen gusto de V. que el vestido de seda sea liso ó brochado ó la hechura princesa ó túnica.

El traje breton es lo que más se lleva.

Una constante suscritora.—Hé aquí otra receta para lavar las telas de lana. Se hacen hervir 10 céntimos de jabón negro, con una cucharada de miel, en agua; cuando se hayan fundido se retira del fuego, y se añaden dos cucharadas de aguardiente. Se extiende la tela sobre una mesa, y se la cepilla por ambos lados, con un cepillo mojado en la mezcla; se enjuaga, se mete en otra agua, en la cual se habrán hecho fundir dos cucharadas de miel: se deja secar, y se plancha todavía húmeda por el revés.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Se acerca la época en que las familias que poseen alguna casita en el campo se refugian en ella, para ponerse al abrigo de los calores del estío, que se experimentan con más intensidad en las grandes capitales.

Pero en el campo, las más de las veces no se hallan recursos para obsequiar á los huéspedes, que á veces llegan inopinadamente á visitarnos, y preciso echar mano de las pobres aves que llenan el corral con sus alegres píos.



23. Sombrero y paletot para niña.

24. Sombrero y paletot para niña.



25. Azotea-mirador de cristales adornado.

Daremos, pues, á continuación algunas recetas para condimentar los pollos.

Pollo á la Marengo.—Se llena de aceite el fondo de una cacerola, se coloca encima el pollo bien limpio y hecho pedazos, se le espolvorea con pimienta, se roci con vino blanco, añadiendo un diente de ajo. Luego se le guarnece con setas, trufas y torreznos de pan y se sirve caliente.

Pollos lampreados.—Se frie tocino en dados, se echa cebolla picada, sal, especias y dos granos de ajo machacados, y se rehoga el pollo; se añade vino blanco, y cuando esté en sazón se echa una salsa de perejil, harina tostada, azafran y agrio de limón.

Pollos con anchoas.—Se majan los higaditos de los pollos con tocino, perejil, cebollas y anchoas; se mezcla un poco de pimienta y se levanta con destreza el pellejo del pollo, introduciendo esta mezcla en medio. Se cubre con unas lonjas de tocino, luego con una hoja de papel untado de manteca, y así se ponen en el asador, para servirlos con una salsa de esencia de ternera ó de jamón, en que se ponen las anchoas cortadas en fragmentos.

Pollos á la veneciana.—Se abre el pollo desde el pescuezo á la rabadilla, y se le aplana con un machete. Se echa en manteca, con vino blanco y caldo; se añade un manojo de perejil, sal y pimienta, dejándolo que se cueza á fuego lento. Cuando está ya, se pasa y se reduce á caldo, añadiendo manteca mezclada con harina, la que se echa sobre el pollo puesto en un plato, que soporta el fuego; se cubrirá el pollo y la salsa con queso raspado, poniéndolo á fuego templado sobre un hornillo. Se sirve cuando haya tomado color y la salsa esté reducida.

Timbales de pollos.—Se trituran macarrones con pechugas de aves; se añaden cuatro onzas de lengua de vaca, docena y media de setas, seis trufas, mollejas de ternera, crestas y riñones de gallo, y se rehoga todo en cuatro onzas de manteca. Se prepara una pasta de timbal, especie de hojaldre, y en él se echa toda esta mezcla, juntamente con un pollo asado.

Se cubre con la misma pasta, y se pone en el horno de campaña.

EXPLICACION del

figurin 1.210.

FIG. 1.^a Traje breton para joven.—Este lindo traje se hace de sarga marrón de dos tonos, muy claro y muy oscuro, adornado con galones de lana bordados. Se compone de una falda, que deja entrever los pies, una túnica sujeta con una gran pata y un cuerpo de aldetas largas ó paletot breton, abierto sobre un chaleco redondeado de abajo. Todo lleva el mismo adorno de galones y grupos de botones de la forma de los zequies, de nácar azul. Sombrero breton de paja rodeado con largo velo de gasa Doña María.

FIG. 2.^a Traje de calle para señora.—Es de faya negra todo el traje, guarnecido de biesses de gros-grain, color mandarin, y un plisé de encaje blanco. El paletot, muy ceñido, lleva el mismo adorno. Sombrero de paja gris adornado con gros-grain negro, con ribe de color mandarin y grupo de caléndulas.

Las Sras. Suscritoras á la 1.^a y 4.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 2.^a y 4.^a, el pliego de patrones.

Administracion, Plaza de Isabel I, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra, 7)

Editor propietario: Carlos Grassi.

Reproducción de 10 patrones y varios dibujos para bordados cuyos grabados aparecen en los números 23 y 24 de El Correo, correspondientes a los días 18 y 26 de Junio.

Núm. I. — Pulete con la espalda de alfileras.

Miñi de las medidas del modelo: 47 cent. de ancho de arriba del talle, y 52 en la cintura.

Fig. 1. — Delantero (A, D, H, F).

Fig. 2. — Primera parte de la espalda (A, B, G, D, E).

Fig. 3. — Segunda parte de la espalda (C, F, D, E).

Fig. 4. — Manga (P, Q, H, I).

Fig. 5. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.

Núm. II. — Vestido interior, forma sencilla.

Miñi de las medidas para el modelo: 46 cent. de ancho de arriba del talle, y 54 centímetros en la cintura.

Fig. 6. — Delantero (K, L, M, N).

Fig. 7. — Segunda parte de la espalda (K, L, M, N).

Fig. 8. — Manga (U, V, W, X).

Fig. 9. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.

Núm. III. — Cuerpo alto con alfileras de fraso.

Miñi de las medidas para el modelo: 53 cent. de ancho superior del cuerpo, y 56 centímetros en la cintura.

Fig. 10. — Delantero (O, P, U, V).

Fig. 11. — Costado (O, P, Q, R).

Fig. 12. — Primera parte de la espalda (Q, R, S, T, U).

Fig. 13. — Segunda parte de la espalda (S, T, U, V).

Núm. IV. — Cuello, camisola y pañuelo.

Fig. 14. — Miñi del cuello con el dibujo para el bordado (X, Y).

Fig. 15. — Delantero del camisolín (W, X, Y).

Fig. 16. — Miñi de la espalda (W, X, Y).

Fig. 17. — Miñi del puño (Y, Z).

Fig. 18. — Miñi de la parte superior del puño (Y, Z).

Núm. V. — Traje para niño pequeño.

Fig. 19. — Delantero (a, b, c, d).

Fig. 20. — Costado (a, b, c, d, e, f, g, h, i, j, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z).

Fig. 21. — Manga (a, b, c, d, e, f, g, h, i, j, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z).

Fig. 22. — Cuello del bolsillo (z, t).

Núm. VI. — Camiseta para niño.

Fig. 23. — Miñi de la camiseta (i, k).

Núm. VII. — Pantalón.

Fig. 24. — Miñi del pantalón (l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z).

Núm. VIII. — Cuerpo interior para niño de 2 a 4 años.

Fig. 25. — Miñi del cuerpo (u, v, w, x, y, z).

Fig. 26. — Manga (r, s, t, u, v, w, x, y, z).

Núm. IX. — Bata para niña de 2 a 4 años.

Fig. 27. — Orisula del patron de los patos separados.

Fig. 28. — Miñi del puño de delantero, b, puño de conector, e, miñi del puño de atrás.

Fig. 29. — Dibujo para el bordado.

Núm. X. — Fichá.

Fig. 30. — Orisula del patron.

Fig. 31. — Dibujo para el bordado.

DIBUJOS PARA BORDADOS

Fig. 32. — Miñi de encaje (punto de festón).

Fig. 33. — Miñi de una cubierta de sombrilla (encaje irlandés sobre tal).

Fig. 34. — Adorno para una caja (pintura sobre madera).

Fig. 35. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 36. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 37. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 38. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 39. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 40. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 41. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 42. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 43. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 44. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 45. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 46. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 47. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 48. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 49. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 50. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 51. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 52. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 53. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 54. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 55. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 56. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 57. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 58. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 59. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 60. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 61. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 62. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 63. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 64. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 65. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 66. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 67. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 68. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 69. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 70. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 71. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 72. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 73. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 74. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 75. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 76. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 77. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 78. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 79. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 80. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 81. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 82. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 83. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 84. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 85. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 86. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 87. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 88. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 89. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 90. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 91. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 92. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 93. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 94. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 95. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 96. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 97. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 98. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 99. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Fig. 100. — Dibujo para pintar, destinado a hacer el encaje de palillos.

Reves.

DIBUJOS PARA BORDADOS

Núms. 1 y 2.—Chal *Lamballe*, para acompañar un traje de calle. Este gracioso chal se lleva echado sobre los hombros y anudado por delante, pudiendo hacerse de cachemir, muselina, granadina, tul blanco ó negro con aplicaciones de tafetan ó de batista. También si es en tul puede bordarse con soutache, cadeneta ó á punto de zurcido. El número 1 da, de tamaño natural, una parte del dibujo, y el núm. 2 la mitad del chal de tamaño reducido. Las dimensiones del dibujo no nos han permitido darlo por entero: para completarlo es preciso repetir cuatro veces la flor marcada de a á y la cadeneta del borde inferior sobre el mismo largo. El borde puede llevar encaje ó fleco en vez de los festones. El largo del chal es, en el borde superior que está al hilo, de 1 metro 26 cent. (para la mitad); el ancho, indicado por medio de una línea, es de 50 cent. en el centro de atrás.

Núms. 3 y 4.—Dibujos picados para hacer encaje. Modelos de la excelente fábrica de Almagro, titulada *La Imperial*, recomendada por nosotros tantas veces á nuestros suscritores.

(A).—Picado llamado *del pico encontrado*, y en Cataluña *punto lleno*.

(B).—*Argolla de medio punto*.

(C).—Punto llamado *pico cerrado*, y en Cataluña *punto lleno*.

Estando la blonda española tan en moda, y siendo Cataluña y Almagro en donde más se explota esta industria, ponemos los nombres con que se conoce en ambos países y los puntos de que se compone; advirtiéndole que los puntos significan el picado para trabajar el dibujo, como asimismo las líneas gruesas; las delgadas indican la dirección del hilo. El punto de bolillo se llama de *tal*, y en catalán *marc*.

Núms. 5 á 9.—Cenefas para entredos. Bordado fino para adornar ropa blanca.

Núms. 10 á 13.—Galones bordados con sedas ó lanas de color para adornar vestidos.

Núm. 14.—Modelo para cartera.

Núm. 15.—Cubierta de libro de memorias con las iniciales *ST* en el centro. Bordado al pasado.

Núm. 16.—Letras grandes entrelazadas para sábanas.

Núms. 17 á 19.—*LE, LF, RF*. Letras adornadas para ropa blanca.

Núms. 20 á 23.—*CS, FFC* en cifras grandes y pequeñas para marcar sábanas, almohadas y servilletas.

